

Volviendo á Harrison, éste continuó mortificado por la oposición oficial. Sus reclamaciones no fueron satisfechas y su reloj fué sometido á nuevos experimentos. El Dr Maskelyne, astrónomo real, se manifestó abiertamente contra el éxito del cronómetro mostrándose muy interesado en determinar la longitud por medio de tablas lunares, aun cuando este método estaba casi sustituido por el cronómetro. Por esto Harrison no pudo obtener el certificado de lo que le era debido, según el acta del Parlamento. Años pasaron antes de que obtuviera el resto de la recompensa. Hasta el año de 1773 ó sea *cuarenta y cinco* años después de dar principio á sus experimentos, no llegó á conseguirlo. Es la siguiente, una inscripción en la lista de súplicas concedidas por al Parlamento en aquel año : « Junio 14. A John Harrison como recompensa por su invención del cronómetro para determinar la longitud en el mar, y por descubrir los principios según los que fué construido : Se le entregan sobre las cantidades ya recibidas, 8,570 libras. »

John Harrison no sobrevivió mucho tiempo á la satisfacción de ver al fin atendidas sus reclamaciones, pues murió el 24 de Marzo de 1776 á los ochenta y tres años de edad. Fué enterrado en el ángulo sudoeste de la iglesia parroquial de Hampstead, donde se erigió un mausoleo en su memoria, en el que hay una inscripción conmemorando sus servicios. Su esposa le sobrevivió solamente un año, muriendo á los setenta y dos y fué sepultada en la misma tumba. Su hijo William Harrison, siendo teniente y encargado del go-

bierno de Monmouth y Middlesex, murió en 1815, á la avanzada edad de ochenta y ocho años, siendo también enterrado con sus padres. La tumba después de más de un siglo de existencia estaba algo arruinada, cuando la Compañía de relojeros de la ciudad de Londres tomó á su cargo, en 1879, la reconstrucción y renovación de la inscripción.

Pero quizás las más interesantes obras relacionadas con John Harrison, el gran trabajo de su vida, son el reloj de madera del Museo de South Kensington y los cuatro cronómetros hechos por él para el Gobierno que aún se conservan en el Real Observatorio de Greenwich. Los tres primeros son de un gran peso, y difícilmente serían movidos sin un gran esfuerzo. Pero el cuarto, el cronómetro marino en forma de reloj de bolsillo, es de pequeñas dimensiones y fácilmente manejable. Aún funciona con regularidad como lo hace también el « reloj de Mr Kendal » que fué hecho exactamente como aquel. Esta será siempre la mejor memoria del distinguido artífice.

Antes de terminar esta breve noticia de la vida y trabajos de John Harrison, tengo que dar las gracias más afectuosas á Mr Christie, astrónomo real, por su amabilidad al enseñarme varios cronómetros depositados en el Observatorio de Greenwich y por el permiso que me dió para inspeccionar las notas del Consejo de Longitudes donde las discusiones de tantos años entre el inventor y los comisionados están fiel, pero muy tardamente registradas. Debe, finalmente, decirse, de John Harrison, que por su invento del cronómetro, el incesante y verdadero amigo del navegante, hizo

un gran beneficio á la ciencia y á la navegación, y tiene derecho á ser mirado como uno de los más grandes bienhechores de la humanidad.

#### CAPITULO IV

JOHN LAMBE.

##### *Introducción de la industria de seda en Inglaterra.*

« Por el comercio se adquieren las cosas que los hombres de valor estiman más necesarias para el bienestar de la república. Es una actividad inteligente y atrevida que nunca deja de ser acompañada de honores y abundancia. Pero indudablemente, cuando el comercio no florece, al par de otras manifestaciones nacionales y cuando los individuos, con hábitos de pereza, no emplean su tiempo noblemente y descuidan las mejores ocasiones de aumentar su fortuna, por más que todos los otros órdenes de la vida fuesen gloriosos, aún se necesitaría algo para ser completamente feliz. » — *A Treatise touching the East India Trade* (1695).

La industria dá una nueva faz á los productos de la naturaleza. Por el trabajo, el hombre ha subyugado al mundo, reduciéndolo á su dominio y visitando á la tierra con nuevos adornos. El primer toscos arado que el hombre hincó en la tierra; la primera ruda hacha de piedra con que derribaba los pinos; la primera ruda canoa que el hombre vació de un tronco para atravesar los ríos y alcanzar los verdes campos de la opuesta orilla: fueron cada uno resultado de facultades humanas que proporcionaron una comodidad no disfrutada anteriormente.

Las cosas materiales son objeto de la influencia del trabajo. Con arcilla construyó el hombre vasijas para contener alimentos. De la lana de los corderos hizo trajes de muchas clases para sí mismo; de la planta del lino sacó fibras para hacer lienzos y batistas; del cáñamo sacó cuerdas y con las cuerdas hizo redes de pesca; con los capullos del algodón fabricó tejidos varios. Con trapos, yerbas fibrosas y raspaduras de madera hizo papel en el que se imprimieron libros y periódicos. El plomo recibió la forma de tipos de imprenta para la difusión sin límites de los conocimientos humanos.

Pero el cambio más extraordinario se verificó en una densa tierra que al calor de los hornos, y manipulada por hábiles manos, destiló el hierro. De este extraordinario metal, alma de toda manufactura y quizás la fuente más principal de la civilización, se construyeron armas, martillos y hachas, cuchillos, tijeras, agujas, maquinarias para contener y dirigir la fuerza prodigiosa del vapor, ferrocarriles y locomotoras, barcos impulsados por hélice, puentes de longitud extraordinaria.

La manufactura de seda aun cuando tiene su origen en la secreción de una pequeña oruga, es acaso tan extraordinaria como la del hierro. Centenares de miles de libras de peso de este débil hilo, no más grueso que los filamentos del tejido de las arañas, dan trabajo á millones de obreros en todo el mundo. La seda y los muchos tejidos sacados de este hermoso material se conocieron desde muy antiguo en el Este; pero no puede ser fijado el